

“Lo que hacía fácilmente era dar copias de sus composiciones a personas amigas, o a quienes se las solicitaban para publicarlas en periódicos o revistas.

“Así fueron conocidas desde el principio, y ejercieron su influencia.

“Ultimamente, sin embargo, había llevado más adelante su proyecto: había hecho preparar la composición de un folleto con una selección de poesías, y aun había empezado la corrección de las pruebas, que tuvo que interrumpir por la agravación de su enfermedad. Entonces convinimos en que yo la ayudaría para la parte material de esa corrección, si mejoraba; y, para el caso de su muerte, me pidió que yo publicara el libro. Es el presente.

“Las poesías que contiene son exactamente las que ella había elegido (si bien no estoy tan seguro en cuanto al orden)”.

La selección contenida en “La Isla de los Cánticos” (nombre definitivo del libro que antes pensó titular “Fuego y Mármol”) es muy breve en sí y en relación con la labor total de la poetisa, desde sus comienzos, hacia fines del siglo pasado, hasta su muerte, acaecida en 1924; toda su producción, que abarca casi treinta años, llenaría, a haberla juntado, un grueso volumen. De ella extrajo la autora —admirable ejemplo de conciencia artística, capaz del sacrificio más duro— las noventa páginas de ese pequeño libro, poco más que un folleto, que sólo comprende cuarenta y una composiciones en total.

Su producción, dispersa en las revistas del Plata desde que empezó a publicar sus primeros versos, a los quince años de su edad, allá por el 90, puede

dividirse en tres grandes períodos, cuyos caracteres distintos aparecen netamente definidos. En el primer período, hasta el 1900, la poetisa manifiesta la influencia directa y dominante de Heine. Sus “rimas”, a pesar de la reminiscencia becqueriana, transparentan aquella gracia triste, aquella dulzura irónica, aquel ritmo fugitivo de los *Cantares*, en cuya fuente germánica ha bebido. Hay composiciones tuyas de esa época, tan impregnadas de ese vago módulo heiniano, que diríanse nacidas junto al propio maestro; tales: “Berceuse”, “Para Siempre”, “¿Por qué?”, insertas en el nuevo “Parnaso Oriental”, antología contemporánea dirigida por Raúl Montero Bustamante que apareció en 1905. (El viejo “Parnaso” es el de 1835 - 1837, por Lira).

Aun cuando la poetisa no incluyó ninguna de esas composiciones de su primera época en la selección definitiva de su libro, es lícito dar aquí como pieza documentaria, la titulada “Para Siempre”, por cierto de una fineza, dentro de su modalidad romántica, no indigna del propio Heine. Dice:

Aunque los agudos dardos  
Me claves de tus desdenes,  
De tu luz seré la sombra  
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abras  
A cada paso que sigo,  
Mi vida irá con la tuya  
Para siempre, para siempre, dueño mío.

Ve, no más, como un fantasma  
Tras el supremo deleite  
Del amor y de la gloria,  
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto  
Yo me volveré al olvido  
Y te guardarán mis brazos  
Para siempre, para siempre, dueño mío.